



Eduardo Talero

El canto errante de Rubén Darío

No alcanzo cómo en nota bibliográfica se pudiera informar sobre un libro de Darío.

Probar a transmitir esos secretos de alta melodía, me parece una crasitud tan deplorable, como la del yanky Edison cuando inventó su malhadada trampa para dar caza a músicas errantes.

Los de oído y alma finos, los que no tengan excesivas orejas académicas que sacudir bajo el susurro de El canto errante: alléguese a la nueva obra maestra.

Con figurar en ella cantos de antigua data, la emoción de frescura se sostiene en cada página. Gran prueba ésta a que Darío ha sometido las tempranadas de su canción. Sobre el bronce puro de las más recientes, ninguna de sus poesías remotas produce hoy timbre equívoco que pudiera desvalorar el oro primigenio. No hay duda sino que para ciertas alondras no transcurren los inviernos.

Yo iría a más y diría que la verdadera música es eterna, ya que jamás he podido concebir la diferencia de dulzura entre una nota recién nacida y otra de ancianidad inmemorial, como las dos sean de abolengo pitagórico.

————— 323 —————

Con que no siendo avenidero con mi horror al fonógrafo, el profanar en prosa las bellezas del verso, dejo de mano el detalle de las 47 poesías que forman El canto errante; y me quedo afuera con sandalias, dado a

remirar en el prólogo las líneas majestuosas de ese pórtico.

Ante todo advertimos que bajo la gracia de esas frases, se impone la severidad de fórmulas que simbolizan el alto pensar contemporáneo sobre asunto de letras, cualesquiera que sean los paisajes y las almas cuya conjunción aspira a exteriorizarse en valores permanentes de arte.

Las declaraciones que Darío sintetiza en ese prólogo, traen el eco suave de una voz abriantada por claridades de colina olímpica, adonde ya no llegan los ululatos de los caciques despojados de las toderías de su retórica por el triunfo de la estética moderna.

En la hondonada ha chillado mucho gozque y los mastines guardianes del tesoro de la lengua quisieron desencadenarse tras los perturbadores de su modorra: pero sin que por todo ese berrinche perdieran una cuarta de avance hacia la cumbre los audaces forajidos.

Darío siguió su marcha. En su ascensión sólo hizo rostro tres veces a sus críticos, «porque éstos se llamaban Max Nordau, Paul Groussac y Leopoldo Alas». Habló y siguió cantando: no sin tener antes el rasgo hidalgo de invitar a sus amigos a no seguirlo en el peligro. (Prólogo de *Prosas profanas*, 1897).

Hoy en el prólogo de *El canto errante* se afronta otra vez contra algunos reductos de cierta especie de retórica; pero su voz viene endulzada por cariñosa serenidad. Limpia de culpa de odios, se adivinan en ella los roces de los rasos suavizados en la opulencia del hombre hecho a respirar la soledad.

En la música de su visión, su palabra denuncia una mirada respetuosa ante el panteón de ilustres sagitarios españoles que le combatieron con nobleza. Luego mira de soslayo al crítico incidental, y en vez de darle cantaleta, lo deja en guardia ridícula, mientras él eleva sus pensares a una altura dominante de espacios y de tiempos.

Y si habla de la poesía amenazada por Gedeón, nos dice: «La

forma poética, es decir, la de la rosada rosa, la de la cola de pavo real, la de los lindos ojos y frescos labios de las sabrosas mozas no desaparece bajo la gloria del sol... Aplaudamos siempre lo sincero, lo consciente, y lo apasionado sobre todo... Siempre habrá poesía y siempre habrá poetas. Lo que siempre faltará será la abundancia de los comprendedores».

Y a los que le motejan por dogmático e impositor de formas personales, replica: «Aristos para mí, en este caso, significa, sobre todo, independientes. No hay mayor excelencia... No gusto de moldes nuevos ni viejos... Cuando dije que mi poesía era mía en mí, sostuve la primera condición de mi existir, sin pretensión ninguna de causar sectarismo en mente o voluntad ajena, y en un intenso amor a lo absoluto de la Belleza... Ser sincero es ser potente... Amador de la cultura clásica, me he nutrido de ella, mas siguiendo el paso de mis días... Como hombre he vivido en lo cotidiano; como poeta, no he claudicado nunca, pues siempre he tendido a la eternidad».

Y los que se andan por ahí a fuer de sobrios, que yo diría impotentes, haciendo alharacas porque se da coturno a las palabras y aderezos al

estilo, vuelvan a su trailla y oigan esto, ¡por Dios!:

«Jamás he manifestado el culto exclusivo de la palabra por la palabra... La palabra nace juntamente con la idea, pues no podemos darnos cuenta de la una sin la otra... La palabra no es en sí más que un signo, o una combinación de signos; mas lo contiene todo por la virtud demiúrgica. Los que la usan mal serán los culpables si no saben manejar esos peligrosos y delicados medios. Y el arte de la ordenación de las palabras no deberá estar sujeto a imposición de yugos, puesto que acaba de nacer la verdad que dice: el arte no es un conjunto de reglas, sino una armonía de caprichos... Yo no soy iconoclasta. ¿Para qué? Hace siempre falta a la creación el tiempo perdido en destruir... Construir, hacer, ¡Oh juventud! juntos para el templo; solos para el culto.»

Muy de propósito he transcritto esas frases, porque vienen de perillas para la literatura sudamericana, donde el prejuicio aún ocupa reductos coloniales. El estado de nuestras letras puede partirse en dos bandos: los que siguen al clasicismo español inconsciente

————— 325 —————

y servilmente; y los que siguen a los innovadores sin comprenderlos, y también servilmente. Salvo contadas excepciones, los más se están a escribir mal lo que los demás han escrito muy bien, sean estos antiguos o modernos.

Gran culpa de esto la tienen muchos profesores de literatura, quienes aún enseñan a sus discípulos a pensar según que se le ocurrió al señor don José Mamerto Gómez Hermosilla, y no más. Baste decir que en casi todas esas cátedras se concluye el año sin haber siquiera mencionado la estética.

Las modalidades del alma moderna no van en cuenta cuando se alza la férula de los preceptos para ordenar palabras y vestir ideas. En muchas de esas aulas no se inicia al discípulo en la divina equitación. Se le hace palafrenero de acémilas, pero jinete de Pegaso.

Los desbarros dictatoriales del profesor no sufren contrarresto. Es verdad que algunos de los jóvenes que furta el cráneo a ese casquete deformador, buscan amaño en filas insurrectas, pero, sin atreverse a lanzar el pensamiento por la trochita única, por la trochita solitaria que a cada persona reserva su destino para asomarse a ver la vida.

A fuerza de sustos y aspavientos, los catedráticos enferman del corazón a la tímida pollez, hasta el punto de convertir en gansos los que pudieron ser cisnes.

Felizmente, en Sud América hay ya un buen núcleo de renegados que no llevan en paciencia dictaduras y se han resuelto a tener el valor de tener talento y pensar con la cabeza que llevan sobre los hombros.

Rubén Darío fue el iniciador de esas audacias; y tiene en abono de su gloria un mérito hartamente escaso en el gremio de redentores, redimir sin

pretensiones de reesclavizar.

Mucho por egoísmo -y conste que el egoísmo es encomiable- y lo demás por despique del cargo de sectarismo hecho a Darío, no resisto a transcribir el admirable soneto con que el poeta se sirvió agraciarme. Este corto poema de ideal supremo, de ideal universal, dice bien adónde hay que ocurrir en busca de retórica, y en sus catorce líneas desenvuelve la única que hoy pudiera llamarse escala de Jacob:

————— 326 —————

Eduardo: está en el reino de nuestra fantasía
el pabellón azul de nuestro rey divino.
Saludemos al dios en el pan y en el vino,
saludemos al dios en la noche y el día.

Todavía está Apolo triunfante, todavía
gira bajo su lumbre la rueda del destino
y viértense del carro en el diurno camino
las ánforas de fuego, las urnas de armonía.

Hundámonos en ese mar vasto de éter puro
en que las almas libres del cautiverio oscuro
de la sombra, celebran el divino poder

de cantar. Tal será nuestra eterna retórica.
En tanto suena la música pitagórica
y brilla en el celeste abismo Lucifer.

También me he complacido en reproducir algunos de los hermosos consejos de altivez que el prólogo contiene, a ver si cunde la tendencia de peregrinar sin lazarillos y no seguir haciendo fisga de rótulos ajenos en todo autor que se resuelve a ser sincero con el sol.

Soy un gran convencido de que los sudamericanos, como pueblos que habrán de ser cosmopolitas, tenemos que estudiar muy a fondo las literaturas extranjeras, y en especial la clásica española, pero creo también que nunca haremos letras propias siguiendo escuelas importadas ni aborígenes, sino perseverando en el tesón de hacer y respetar la obra individual. Los que estén bien hallados con la obediencia cadavérica, huélgense en

ella; pero respeten nuestra convicción de que para llegar a la avenida de los laureles, es preciso ir cada cual solo su alma y cada cual por su senda.

Nosotros [Publicaciones periódicas]. Tomo I, Nº 5, Diciembre de 1907, Buenos Aires

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

